



Pontexitanos marcó el antes y después del poblado de Cornazo

ALICIA LÓPEZ > VILAGARCÍA

■ La historia del poblado gitano de Cornazo tiene un nombre y un apellido. Guadalupe de las Cuevas es una monja religiosa filipense que a lo largo de 20 años trabajó en la escuela Pontexitanos de Cornazo, un centro para los jóvenes gitanos con el que se pretendía educar a la juventud de un pueblo regido por leyes patriarcales donde la educación aún se encontraba muy lejos de la del resto de la sociedad.

A través de la Asociación de Amigos de la Promoción Gitana, se consiguió reunir el dinero necesario para que en el año 1973 abriese las puertas la primera escuela asentada en el corazón del poblado.

La constancia y la rectitud fueron las claves que permitieron una transformación en aquellas costumbres gitanas que más afectaban a las necesidades mínimas. En la Asociación no daban nada sin recibir algo a cambio. Exigían que se cumplieren unas normas para disfrutar del servicio que iban a prestar. Siguiendo esta línea fue mucho lo que se consiguió, y desde luego valió la pena intentarlo.

Guadalupe de las Cuevas habla del pueblo gitano de Cornazo con enorme cariño. "Siempre digo que son mi media familia". La monja filipense cuenta que ellos tenían ilusión porque sus niños aprendiesen. "Un día llegué al poblado y vi un corro formado por gitanos mayores. En el medio del círculo una niña de 6 años les leía un cuento. Todos estaban ensimismados escuchándola. -Mírala cómo lee, si parece una abogada- decían los mayores". Con ilusión se consiguen grandes cosas y Cornazo es un gran ejemplo de ello.